

"Cualquier hombre que lo oiga, si bien trovar
/supiere,
puede hi más añadir y enmendar si quisiere [...]"

Medianoche. Excesivo calor. Vagando por las céntricas calles de una ciudad (en este caso) sin importancia, y empujados por una fuerza, tal vez interior, hacia lugares cotidianos pero desconocidos, mis pies, manejados maravillosamente por esa energía, penetraron en una puerta giratoria. Dimos varias vueltas (no recuerdo la cantidad) y al escapar de ese círculo que me asfixiaba; salí a una habitación oscura con una gran mesa rectangular y rodeada únicamente por dos sillas. En una de éstas un hombre, que me pareció un monje, me llamó diciéndome:

-Yo, Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, os ruego pequeña dueña, que os sentéis. Mi asombro fue tan inmenso que pudo más que mi temor y obedecí. El hombre repitió:

-Yo, Juan Ruiz, el sobredicho Arcipreste de Hita
-pero que mi corazón de trovar no se quita-
nunca hallé tal señora como a vos Amor pinta
ni creo que la halle en toda esta cuita."

Cada vez más sorprendida ante el descubrimiento de este ser especial y de su requerimiento comencé a indagar; revolviendo mi memoria en búsqueda de datos precisos, recordé que el Arcipreste había sido el autor de un libro medieval. Y le pregunté el porqué de su composición, y si no temía mal interpretaciones debidas a su temática. A lo que respondió pausadamente del siguiente modo:

-De todos los instrumentos el libro es pariente.

"No hay mala palabra si no es a mal tenida".

Cuando inquirí sobre el porqué de su solicitud, me contestó:

"-Porque es costumbre de mancebos usada,
querer siempre alguna enmorada,
por haber solaz bueno del amor con amada,
quiero tomar una amiga nueva..."

Siguió una explicación no del todo breve. Me contó varios episodios de su época pero no recuerdo muchos; se refirió a una mediadora llamada Trotaconventos y a doña Endrina, de la que dijo: "...de hermosura, donaire, de talla, y de beldad, sobra y vencía a todas cuantas había en la ciudad..." También nombró a algunas serranas; imposible olvidarme de una de ellas, Alda (que casi convierte mi sueño en pesadilla a causa de su fealdad) y a una monja llamada Garoza. Finalizó su monólogo justificando su aparición en mi sueño, siguiendo los consejos recibidos de don Amor.

"Como el rubí pequeño tiene mucha de bondad,
color, precio y virtud, nobleza y claridad,
así la dueña pequeña tiene mucha de beldad,
hermosura y donaire y amor y lealtad."

Un zumbido leve comenzó a molestarme en los oídos hasta convertirse en un ruido estridente que ahogué con mi mano sobre el despertador.

